

un poeta que se luce poco antes de morir, que «ha cantado con voz dulcísima, como el fénix al espirar.» Por lo que dijo Ciceron, hablando de Craso que pronunció en el Senado un brillante discurso algunos dias ántes de su muerte: «illa tanquâm cycnea fuit divini hominis vox et oratio.»

En Heliópolis era tambien adorado como dios un buey llamado Mnevis.

Cambises, rey de Persia, lleno de furor contra esta ciudad, se complació en destruirla, y dió rienda suelta á su rabia, quemando los templos, destruyendo los palacios y echando por tierra cuanto de mas notable y glorioso encerraba. Los obeliscos son los únicos monumentos de Heliópolis que han llegado hasta nosotros. No solo se conserva el que está en pié en el sitio mismo donde existió la ciudad, sino tambien otros muchos que hay en Roma, y fueron trasportados allí por el pueblo vencedor del mundo.

En 1799 derrotó Kleber en esta llanura con 9,000 franceses un ejército turco de 80,000, mandado por el gran visir en persona.—

Entretanto que nosotros girábamos en torno del obelisco, multitud de campesinos nos rodeaba y miraba con ojos atónitos. Uno de tantos, queriendo llamar la atención y dándosela de gracioso, se puso á golpear la piedra con un enorme mazo de madera, precisamente por el lado donde los geroglíficos en mejor estado se conservan. No pude sufrir aquel acto de barbárie, y por conducto de mi dragoman supliqué al campesino no golpeará mas aquel monumento. Él rió de mí en mis barbas, y dijo:

—Esta piedra no vale nada, puesto que no sirve para nada.

Sin embargo, cesó de golpear, y con esto me di por satisfecho.

En seguida emprendimos la marcha, de regreso al árbol de la Virgen. En esta ocasion fuimos asaltados durante nuestro camino, por bandadas de muchachos y muchachas. Muchos de ellos estaban casi desnudos, y otros desnudos por completo. Estas turbas de chicos vestidos á la moda del Paraiso, nos perseguian gritando:

—«Bakshish, hauaga!» (una limosna, señor.)

Comencé por darles algunas piastras; pero viendo que aumentaban las turbas, cerré mi bolsillo, y contesté á los chicos en su mismo tono.

—«Mafish, hauaga» (no hay, señor.)

O bien:

—«Bukra» (mañana.)

Mucho me sorprendió ver que algunos hombres grandes, fuertes y barbados, andaban mezclados tambien entre los muchachos para pedir su «bakshish.» Y como yo no comprendia que aquellos mocetones robustos pudiesen tener mejor derecho que yo para pedir sin haber trabajado, tomábales yo la delantera, y á ellos me acercaba con la mano extendida, diciéndoles:

—«¡Bakshish, hauaga!»

Con esto, muchos de ellos se reian; otros se sorprendian y ponian la cara confusa, y todos me dejaron en paz.

A la vista del sicomoro sagrado, y poco antes de llegar á él, detuvimonos debajo de dos frondosos árboles que proyectaban espaciosa sombra. Al lado nuestro habia dos norias, «sakies,» cuyas ruedas eran movidas por dos hermosas vacas de la India, que llevaban el yugo en el lomo, y tenian los ojos vendados con un tejido de hojas de palma.

Los tubos de la noria salian del pozo llenos de agua límpida, que caia dentro de una pila de piedra, de donde corria por una estrecha atarjea á regar el hermoso jardin que nos rodeaba.

Sentados sobre una estera al borde de la atarjea y á la sombra de los árboles, almorzamos con buen apetito, rodeados de campesinos, escuchando el ruido acompasado de la noria, y deleitándonos con la vista de la hermosa agua clara que corria á nuestros ojos.

A poca distancia habia una familia griega y otra inglesa, que habian ido como nosotros á visitar el sicomoro, y almorzaban tambien sin ceremonia, sobre la yerba y á la sombra de los árboles.—



Poco despues dimos órden al cochero de que enganchara los caballos, y nos pusimos en camino para el Cairo.

Bien pronto entramos en la pequeña llanura llamada el Abbassieh. Aquí hay grandes edificios contruidos por Abbas-Pashá, Khédive anterior al actual, quien los destinó á servir de lugares de recreo para su corte. En estos edificios están ahora las escuelas militares costeadas por el gobierno.

Llegábamos ya á la ciudad, cuando percibí á mi izquierda una reunión de mezquitas soberbias.

—¿Qué es eso? pregunté á Fortunato.

—Son las tumbas de los califas, me contestó.

—Pues vamos allá, le dije.

Entramos en un camino arenoso por donde apenas podia caminar el coche, y fuémos preciso marchar paso á paso. Más de media hora tardamos en llegar á la primera mezquita.

Visité las principales que son las de los sultanes Aydebe, Ashrof y Kalaum ó Barkuk, todas tres grandiosas, bien contruidas, y notables sobre todo, por sus exquisitos labrados en piedra, y sus porcelanas antiguas. Están abandonadas por completo, así como las muchísimas otras que las rodean. Los muros altísimos se derrumban, las bóvedas atrevidas se desgajan, y la mano del hombre no se levanta para poner remedio á tan lamentable ruina.

Los guardianes viven dentro de las mezquitas; en algunas todavía se hace oracion: así es que en un costado se reza y en el otro se hace la cocina y se duerme. Yo atravesé por todas partes en el interior de estas mezquitas, sin que nadie me exigiese que me descalzara, ni me obligase al menos á ponerme las pantuflas. Son mezquitas degeneradas, que han perdido su tipo.

La de Barkuk es muy semejante por su construcción á la del sultán Hassan; descubierta en el medio, tiene altas bóvedas laterales. Debajo de una de ellas está la tumba de Barkuk. Sentí tristeza en presencia de aquella blanca sepultura cubierta de polvo, que yace

debajo de una bóveda atrevida, en medio de un solitario edificio que se desploma. Nada mas melancólico que esta sepultura levantada con fausto, y que hoy se oculta, olvidada, entre las paredes de un templo que amenaza ruina.

El sol entraba á torrentes por las ventanas ojivales, en tanto que las aves piaban volando allá arriba, y se metían en sus nidos fabricados entre las artísticas molduras de las piedras.

Así pierde el Islamismo sus mejores monumentos antiguos, por la incuria incomprensible con que los mira. Mucho se edifica y poco se conserva. Se erigen mezquitas nuevas, pero no se reparan las viejas. Y entre las construcciones nuevas que se levantan y las antiguas que caen por tierra, el gusto árabe se corrompe y se pierde.—

La mezquita de Kalaum ó Barkuk fué construida en 1282. Barkuk fué el primer sultán mameluco circasiano. Los mamelucos fueron esclavos—la palabra mameluco, significa esclavo,—de Gengis Kan, que los cautivó en la Georgia y la Circasia. Acreditados de buenos soldados, formaron despues en Egipto las guardias reales, y habiendo aumentado su fuerza, dispusieron durante siete siglos del país á su antojo, como una verdadera guardia pretoriana. Nedjm-Eddin fué el primero que los introdujo en Egipto, agradecido á los buenos servicios que le prestaron en el sitio de Naplusa. Poco tiempo despues de su ingreso en el ejército egipcio, muerto apenas Nedjm, y en los primeros dias del reinado de su hijo Turan-Sha, Bibars, gefe de ellos, asesinó vilmente al jóven príncipe Turan-Sha, á la vista del ejército cruzado de San Luis, que estaba cerca de Manssurah y á la orilla del Nilo, prisionero. Bibars fué por tanto el primer sultán mameluco de Egipto, y comenzó á reinar el año 1270. Desde entonces hasta principios de este siglo, los mamelucos fueron los árbitros de los destinos de Egipto, hasta que Mohammed-Alí hizo á sus soldados, sin piedad y traidoramente, exterminarlos.

El guardian de la mezquita nos condujo á una especie de subterráneo, donde á merced de la luz de una lámpara de aceite, nos hizo



ver un caftan (túnica de distincion entre mahometanos) y un cinturón de cuero.

—Este caftan y este cinturón, nos dijo por intermedio de Fortunato, pertenecieron al gran sultán Barkuk, que además de haber sido gran príncipe fué médico insigne.

—Y estas reliquias, preguntó Felletti, ¿son conservadas por curiosidad únicamente?

—No señor, contestó el guardian con calor, estas reliquias son milagrosas. Los enfermos de ambos sexos vienen aquí, dan una pequeña limosna, se cubren con este viejo caftan, se ciñen con este cinturón, giran rezando tres ó cuatro veces en torno de esta tumba, y quedan con esto milagrosamente curados.

—¡Hum! dijo el capitán, estoy seguro de que vd. no lo ha visto.

—¡Que no lo he visto! replicó el musulmán con cólera; yo estaba tísico y sané; mi mujer era estéril y tuvo hijos, y cansado estoy de ver personas consumidas por la ictericia, que se han ido de aquí repentinamente curadas. Tal es la virtud que tienen estos santos talismanes cuando en ellos se busca la salud con el corazón lleno de fé.

—En ese caso, dijo Felletti, sería inútil que yo me echase encima la túnica y me ciñese el cinturón para quitarme la vejez, que es una atroz enfermedad, «senectus ipsa est morbus,» porque no tengo fé.

Fortunato rió, yo reí y el mahometano nos envolvió á todos tres en una mirada furibunda. Para quitarle el enojo le dí algunas piastras de plata al salir de la mezquita, y con esto quedó satisfecho.

Al atravesar por las calles del Cairo, de vuelta ya á nuestro hotel, tuvimos necesidad de deternos largo rato en un callejón, por estar el paso obstruido por una multitud de camellos cargados. Mientras el coche estuvo parado, las personas que vivían en las casas de las dos aceras, se agolparon á las puertas para vernos. Noté en particular, que un chico medio desnudo nos gritaba enseñándonos el puño. La única palabra que pude percibir claramente fué esta: «nozerani.»

—¿Qué significa «nozerani?» pregunté á mi dragoman.

—Significa cristiano, me contestó.

—¿Por qué nos grita así ese muchacho?

—Conoce que somos cristianos, y nos manifiesta su odio con insultos y maldiciones.

—Pero ¿qué maldiciones nos dice?

—Dícenos «cristianos condenados,» «perros cristianos» y otras lindezas por el estilo.

—Picaro muchacho, vociferó al oír esto el belicoso capitán; yo le quitaré lo gritón y deslenguado.

Y diciendo esto, empuñó su bastón y lo mostró al muchacho; este se metió dentro del zaguan y desde allí comenzó á gritar mas que nunca, enseñándonos los puños y los dientes.

Ya iba á bajarse del coche el capitán, cuando por fortuna los caballos partieron; con lo que se vió obligado á sentarse de nuevo muy á pesar suyo.

—Es raro, nos dijo Fortunato, que este muchacho nos haya insultado, pues el pueblo egipcio es muy tolerante en general, y son pocos los fanáticos que se conducen de este modo.

—Pero el gobierno, preguntó Felletti, ¿es tolerante?

—El gobierno egipcio es el mas tolerante del mundo en materia de religion. Aquí se puede creer lo que se quiera y practicar todos los cultos, sin que haya quien lo impida.

En efecto, lectores, apenas los Estados-Unidos son comparables con el Egipto en materia de tolerancia religiosa. En este país no se habla mucho, ni se encarece el respeto al individuo; pero en cambio, se sabe practicar mejor que en las naciones europeas.

La tolerancia, por otra parte, es sumamente ventajosa en un país como el Egipto, cuya posición geográfica, única en el mundo, le tiene colocado entre el Oriente con el cual comunica por el mar Rojo, y el Occidente con el que se pone en contacto por el Mediterráneo. De modo que la tierra de los Faraones ha sido, es y será siempre



el punto intermediario entre esas partes del globo, donde dos razas ávidas de conocerse y tratarse, se detienen, se observan y se tienden la mano.

Las principales religiones profesadas en Egipto son el mahometismo, el cristianismo, el judaísmo y el politeísmo. Sin embargo, puede muy bien y sin exageracion decirse, que todas las religiones están aquí representadas y gozan de la proteccion del gobierno.

El islamismo en las costas africanas del norte no es intolerante ya, como lo fué en el pasado. Los mahometanos se acostumbran de dia en dia á mezclarse con los europeos, de quienes reciben las enseñanzas de la civilizacion y la cultura. Y muchas veces sucede que los mahometanos antes de morir, hagan venir á algunos europeos al derredor de su lecho, para que oren por su alma; porque piensan que es preciso entonar alabanzas á Dios en todas las lenguas.

De esta manera, orientales y europeos, todos encuentran igualmente hospitalario el Egipto, y lo aman. Para aquellos representa esta tierra, la última posesion del islamismo, y al mismo tiempo, el primer país civilizado que encuentran en su viaje al Ocaso, donde les es preciso sacudir el polvo de sus viejas preocupaciones; en tanto que los europeos miran en el Egipto, el puesto avanzado de la civilizacion de Europa, donde la cultura occidental se embellece con la poesía de Oriente, y esta poesía á su turno, se hace mas brillante y agradable, á la influencia de aquella cultura.

No seria malo, concluí yo por decirme interiormente aquella tarde, al pensar estas cosas,—no seria malo que algunos pueblos liberales y cristianos tomasen lecciones de liberalismo de este desventurado país oriental, que gime bajo las garras de los déspotas coronados. Ahora Israel está libre en Egipto, y otras naciones, á semejanza del antiguo Egipto, mantienen á Israel en cautiverio.

## CAPITULO X

### EL SHEIKH SADDAT

Enero 25 de 1873.

**A** las ocho de la mañana vino mi dragoman al hotel. Estaba yo entendido en que aquel dia no emprenderiamos excursion ninguna, pues así lo habiamos convenido. Por lo mismo me sorprendió ver á Fortunato, y mucho mas sorprendido quedé, cuando oí que me dijo:

—Mr. Portillo, están dispuestos á la puerta los asnos.

—¿Para qué los queremos hoy? le dije; ¿no hemos convenido en que este dia será de descanso?

—Sí señor, me contestó, pero deseo llevar á vd. á ver al «seikh Saddat.»

—En buena hora, pero ¿quién es ese personaje?

—Uno de los mas notables del Cairo: es un descendiente de Mahoma.

—¡Sangre de Cristo! en ese caso estoy listo: vamos á conocer al vástago ilustre de la familia del profeta.

Y efectivamente, bajé en el acto la escalera, y monté sobre uno de los horricos que nos esperaban en la calle.